

IDENTIDAD DE CLASE Y DE ETNIA ENTRE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Lorgio Orellana Aillón
Docente-Investigador IESE-UMSS

Hace algunos años, una universidad privada difundía un banner inmenso en las avenidas de la ciudad, donde aparecía un obrero en la parte exterior de un edificio, limpiando los espejos resplandecientes de unas oficinas ubicadas en los últimos pisos. Afuera y a gran altura, el proletario de la limpieza pendía de una frágil soga y unas tablas que lo sostenían de caer en el abismo, mientras realizaba su labor. Enfrente de él, unos espejos raibanizados, impenetrables a la mirada, pero también a la existencia del trabajador, le devolvían su imagen, suspendida en el aire. A los pies de la gigantografía, una pregunta completaba el sentido de la propaganda: *¿De qué lado de las ventanas quieres que trabaje tu hijo?*

Las *ventanas* eran la metáfora de la Universidad privada que se ofertaba en aquel banner: a la vez, símbolo de la frontera infranqueable que separa a las clases sociales; pero también, el ofrecimiento de que mediante un estudio universitario, puedes escapar de la proletarización; cuyo destino seguro, según el punto de vista de quienes diseñaron aquella gigantografía, era próximo a una caída en el abismo. La Universidad publicitada aparecía entonces, como la promesa del aburguesamiento.

Ciertamente, este no es el significado exclusivo de quienes promueven, pero también buscan, el desarrollo de una carrera universitaria, ya sea dentro de una universidad pública, o privada. Sin embargo, según he podido constatar, es el sentido dominante. A lo largo de 8 años de docencia en la Universidad Pública, he podido verificar que, no obstante la crudeza y la crueldad clasista de quienes diseñaron aquel banner; de modo certero atizaba las expectativas de miles de jóvenes; pues aquella imagen reproducía un imaginario dominante con el que año tras año me encuentro cuando pregunto a los estudiantes de primeros semestres sobre las razones que los conducen a escoger la carrera de economía: “abrir mi propia empresa”; “tener mi propio negocio”; “ser gerente propietario”, “ser empresario” y así. Un 70% de los estudiantes a quienes he venido realizando sondeos desde que soy docente, aspiran a convertirse en empresarios.



Las Universidades actualizan concepciones, valores y prácticas que se han ido formando a lo largo de la trayectoria escolar. Al respecto, hace poco leía la Editorial de una Revista que circula en el nivel pre-escolar, en un espectro de centros de educación localizados en las proximidades de Cala Cala. Ahí se señalaba que, “mediante una sólida formación escolar, el estudiante podrá convertirse en un líder, un alto dignatario o un empresario”.

Recientemente, con estudiantes de primeros semestres, realicé un pequeño sondeo en base a una lista donde figuraban 10 categorías ocupacionales y de oficios, como: empresario, dueño del ICE Norte, campesino, albañil, lustrabotas, empleada doméstica, profesor normalista, accionista de banco, micrero, periodista (incluido un espacio vacío donde ellos podían poner una ocupación de su preferencia). En tanto el 80% de los estudiantes indicaron que aspiraban a ser empresarios o accionistas; el 100% sostuvo que lo que menos quisiera ser es albañil, campesino o empleada doméstica.

Algunos de ellos recordaban que sus maestros de escuela señalaban que si no estudiaban, serían lustrabotas, empleadas, o realizarían oficios equivalentes. Por el contrario, un buen desempeño escolar, decían estas maestras, podía ser recompensado por un puesto de alto dignatario del Estado o empresario. Como señalaron varios filósofos y sociólogos, entre ellos Althusser y Bourdieu, además de la familia, es la escuela donde se forman los imaginarios de clase.

Conclusión: aquella gigantografía reproducía de modo cabal añoranzas, pero también rechazos, configurados a lo largo de la trayectoria escolar; sentidos que hoy definen los sueños de una juventud que ve a la universidad como un espacio de enseñoramiento y de empatronamiento, bis-à-bis la condición subalterna. Siguiendo la metáfora del mentado banner, estos jóvenes, muchos de ellos procedentes de sectores populares de la sociedad, quisieran estar *del otro lado de la ventana*.

En la perspectiva de los estudiantes a quienes hicimos estos sondeos, la formación y el título universitario, son vistos como los medios que les permitirán ser empresarios con altos ingresos, bis-à-bis los albañiles, las empleadas domésticas o los campesinos; quienes, en su opinión, están donde están porque carecen de formación universitaria. En este ámbito, la Universidad Pública, lejos de ser vista como una institución al servicio de la liberación social del pueblo; es más bien vista por los hijos de “este pueblo”, como el espacio que va permitir convertirlos en nuevos patrones.

En Bolivia, el título universitario, además de una connotación social, tiene una connotación etnoracial. Cuando dimos clases en la carrera de Trabajo Social, donde había una abrumadora cantidad de estudiantes procedentes de zonas rurales, hicimos un sondeo preguntando sobre las razones por las cuales ellos habían ingresado a la Universidad. Recurrentemente nos contestaban: “para no ser como nuestros padres”. Estos jóvenes veían a la educación universitaria como un espacio que les permitiría salir de la condición de subalternidad y de desprecio que vivieron sus ancestros.

Dos tendencias podían visualizarse aquí: en tanto unos veían a la educación como un instrumento de liberación; otros, como en el caso de economía, veían más bien a la educación como un instrumento de negación, de rechazo de la condición campesina.

Ya Carlos Medinacelli en *El Huayralevismo*, señalaba con el dedo a los hijos de los llamados “cholos”; quienes, para modificar su condición, ingresaban a la carrera de derecho donde “todo el mundo quiere ser doctor”.

Desde el punto de vista de los estudiantes, el espacio universitario se halla axiológicamente jerarquizado, en líneas de clase y de raza: “enfermería es la carrera de las imillas y de las cholitas”, decía un grafiti escrito en los baños de una carrera de la facultad de humanidades. En efecto, entre los estudiantes, la situación de la enfermera es representada muy por debajo de donde se representan aquellos que aspiran a ser “doctores”, “ingenieros”, “empresarios”, por ejemplo.

Durante una movilización realizada por estudiantes de medicina contra la medida gubernamental del año 2012 que buscaba introducir a los médicos dentro del régimen general del trabajo, aparecían estribillos racistas cantados por las multitudes que hacían referencia a la “animalidad” de las autoridades del gobierno, que carecerían de estudios universitarios.

Estas diversas referencias cualitativas nos permiten afirmar que el espacio universitario de hoy es visto por los jóvenes, principalmente de extracción popular, como un lugar que les permitirá surcar el estigma etnoracial; y, sino adquirir, por lo menos aproximarse a, la condición de las clases dominantes; eludir el abismo proletario y transitar, atravesando la ventana, hacia las oficinas de los señores.

En este sentido, el banner referido expresa metafóricamente un amplio espectro simbólico. A la manera de los antropólogos, podría verse la carrera profesional y la adquisición de un título Universitario, como un “rito de paso”; esto es, una tentativa de transfiguración de una condición etnoracial y de clase subalternas; hacia una condición burguesa y mestiza.

Ciertamente, en la mayoría de los casos, la promesa del aburguesamiento mestizo no se cumplirá. No obstante, en los sectores subalternos persiste la representación del espacio universitario como el lugar que propiciará esa transfiguración. Parafraseando a Marx y Engels en *La Ideología Alemana*: entre los jóvenes universitarios, como en la sociedad, la ideología dominante es la ideología de la clase-etnia dominante.